

Erdogan para rato

Carlos LARRINAGA
Historiador y Profesor Titular de Universidad

Las pasadas elecciones municipales del 30 de marzo celebradas en Turquía se han saldado con el triunfo del Partido Justicia y Democracia (AKP) del primer ministro turco Recep Tayyip Erdogan. A nadie se le escapa que estos comicios no eran una simple elección de alcaldes y concejales, sino algo más. La oposición, con el respaldo de buena parte de los medios de comunicación extranjeros e incluso locales, las había teñido de claros tintes plebiscitarios. Es decir, que, hasta cierto punto, los electores estaban llamados a posicionarse sobre las medidas tomadas por el primer ministro en los últimos meses. A este respecto, los argumentos de los opositores han sido contundentes. En primer lugar, la deriva autoritaria del régimen, demostrada en la contundencia de la policía ante los manifestantes del parque Gezi de la pasada primavera. En segundo lugar, la corrupción generalizada, sobre todo, en el sector de la construcción, que provocó una amplia crisis de gobierno el pasado mes de diciembre, afectando a los hijos de varios ministros. Es más, uno de los vástagos de Erdogan podría estar implicado también en algún caso de corrupción, tal como lo desvelaba una conversación entre padre e hijo hecha pública pocos días antes de las elecciones. En tercer lugar, las medidas a favor de la islamización del país, favoreciendo la implantación del velo en espacios públicos o la separación por sexos en las residencias de estudiantes, socavando las bases de ese Estado laico puesto en marcha por Atatürk. En cuarto lugar, las constantes presiones sobre el poder judicial, en una clara manifestación de injerencia del ejecutivo y en contra de la más elemental división de poderes. Por último, los continuos ataques a la libertad de expresión, con incesantes acosos a los diferentes medios de comunicación no afines al gobierno y que ha llegado a su culmen con la prohibición de las redes sociales por entender que constituyen un medio de ataque constante contra su persona. No en vano la difusión de la conversación antes mencionada se propagó por ellos como la pólvora. Afortunadamente el Tribunal Constitucional ha declarado esta medida ilegal. En cualquier caso, todos ellos elementos más que suficientes para que los partidos de la oposición vieran en estos comicios una muy buena oportunidad para poner fin a la hegemonía del AKP y de su líder.

Sin embargo, nada de esto ha sucedido y el Partido Justicia y Democracia ha revalidado su poder en las urnas, haciéndose con prácticamente el 45% de los votos emitidos. Resultados, eso sí, que inmediatamente han sido cuestionados por la oposición, en especial por el socialdemócrata Partido Republicano del Pueblo, que, en el caso de la emblemática plaza de Estambul, se ha quedado a 0,7 puntos del AKP, según el diario más importante de la capital, *Hürriyet*. Los partidos opositores hablan de numerosos fraudes electorales y, de hecho, en los últimos días el Consejo Electoral ha recibido más de 2.000 quejas en este sentido. Argumentan que todos los “errores” cometidos en los recuentos han favorecido al AKP, lo cual no deja de ser sospechoso. Lo cierto es, no obstante, que la comunidad internacional ha dado por válidos estos resultados y no se los cuestiona en absoluto. Partiendo de la base de que en prácticamente todas las votaciones puede haber ciertos fallos (¿hay que recordar, por ejemplo, cómo fue la elección de Bush hijo en el año 2000?), nadie a estas alturas está por la labor de poner en entredicho la victoria del AKP. O mejor, de Erdogan, si atendemos al órdago plebiscitario echado por la oposición. Todo parecería indicar que ha habido un error de cálculo. Así, pues, ¿hasta qué punto los manifestantes de Gezi o de la plaza Taksim son representativos de la sociedad turca? Más bien, habría que pensar en que representan a los grupos sociales más urbanizados, de nivel cultural medio-alto, bien conectados con Occidente, usuarios de Internet y de las redes sociales. En definitiva, a las clases medias y medio-altas que ansían que ese Estado Social y Democrático de Derecho que proclama la Constitución turca sea equiparable a las democracias de la UE, grupo al que anhelan que Turquía pertenezca algún día.

Pero no nos engañemos, en un país con más de 74 millones de ciudadanos, las realidades son muy heterogéneas y hay muchas personas que no tienen las mismas ideas ni aspiraciones que

las de los manifestantes. Ni siquiera en Estambul, donde sus habitantes están muy divididos. Por lo demás, en los años que lleva gobernando Erdogan hay que reconocer los importantes avances económicos que se han producido, habiendo mejorado no sólo el PIB *per cápita* de la población más desfavorecida, sino también el catálogo de servicios sociales, así como las infraestructuras. Todos estos progresos han permitido al AKP crear una importante base electoral. Por no hablar de algo tan intangible como el orgullo nacional o de los logros conseguidos en política exterior. Turquía se ha revelado como actor fundamental en el Mediterráneo Oriental y el Próximo Oriente y un socio fiable para la OTAN y la para la UE, tal como lo está demostrando en la crisis ucraniana. No interesa, por lo tanto, una Turquía desestabilizada, de forma que no parece que las acusaciones de fraude vayan a tener demasiado recorrido. Al contrario, los comicios municipales han supuesto un espaldarazo para un primer ministro que ya está pensando en la posibilidad de presentarse a las elecciones presidenciales de agosto de 2014. Después de tres legislaturas, Erdogan no puede repetir en el puesto de primer ministro, pero sí presentarse a la presidencia de la República, de suerte que los analistas especializados creen que podría darse un canje de poder con el actual presidente de la República, Abdullah Gül, llevando a cabo una operación semejante a la que protagonizaron en Rusia Putin y Medvédev en 2012. ¿Casualidad o premonición que fuese Putin uno de los primeros mandatarios mundiales en felicitar a Erdogan? Así las cosas, mucho me temo que, tras los resultados electorales del 30 de marzo, tenemos Erdogan para rato.

6 de abril de 2014